



# La nueva cuentística cubana: ¿Un reempezar?

Estamos en Sancti Spiritus, es septiembre de 1995, y se desarrolla una de las sesiones de lectura de la Primera Jornada Anual de la Narrativa Cubana. Ni uno solo de los cincuenta invitados a priori ha dejado de asistir. En la tribuna, un joven narra el soliloquio de un balseiro; el estilo es filoso, duro; el personaje es una versión tropical de Iván Denisovich y nunca escapará de la temida Siberia. Antes, otro balseiro había sucumbido de rencores y sueños en el estrecho de la Florida, y sólo, por puro milagro, no ha hecho colisión con la balsa de un personaje que todavía nada por las oscuras aguas del cuento leído media hora antes.

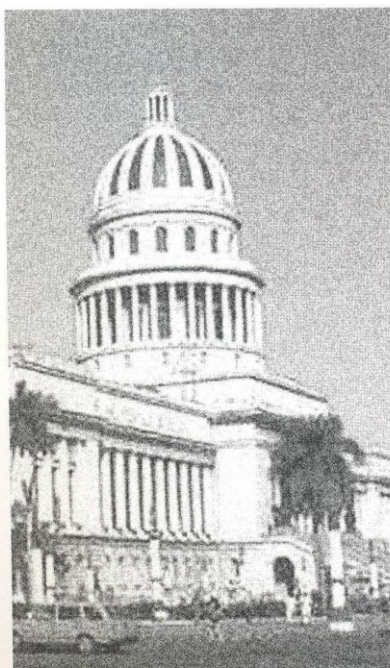
Julio Travieso, autor de *El polvo y el oro*, de súbito me mira y adivina la pregunta en mi rostro: es sólo un sarampión literario, me dice. La fiebre durará una semana.

Pero yo preguntaba más allá. A dónde había ido a parar la literatura del futuro luminoso, esos héroes asépticos, personajes que despertaban a la mujer con beso y camino del trabajo bajaban sonrientes del Lada para ayudar a un ciego que debía cruzar la calle. Pero éste ya había sido desterrado de la nueva literatura. Cabizbajo, temeroso, no había podido resistir el derrumbe del Muro de Berlín y ahora era montado también en una balsa con destino a los más olvidados anaqueles de las bibliotecas. En uno de los debates, el escritor Reynaldo González, hacía leña del árbol caído: ¿Saben lo que es una comedia?... Pues, tener con qué, tener con quien, pero no tener dónde. Y ¿una tragedia?... Muy fácil: tener con quien, tener dónde, y no tener con qué. ¿Y realismo

socialista?... Tener con qué, tener dónde y tener con quien, pero a la misma hora tener una reunión del Partido, y tener que cumplir con el deber.

Todos ríen, lo felicitan por el ingenio; alguien más se ve obligado a explicar lo que ya todos saben. Aprovecha para leer un cuento y el Hombre Nuevo, el del futuro luminoso, ya apenas distingue el horizonte, mareado por tanto vapuleo. Pero se ha llevado las palmas. A partir de ahora, en las sucesivas Jornadas de la Narrativa Cubana, será instaurado un premio. De él será acreedor quien logre la hazaña de leer el cuento que, con sublime elegancia, haga mejor el ridículo. El personaje, un corrupto coronel jefe de la policía, tiene dos hijos: una es jinetera, y el otro, drogadicto y bisexual. En una de las tantas juergas de la casa, un amigo viola a la hermana y en el forcejeo la mata. El hermano, que por tener la chica la cara tapada no la reconoce, se excita a la vista del cuerpo desnudo y con el incentivo -el morbo quizás- de hacérselo mientras duerme, también la viola. Por último, ciertos recodos de la historia provocan que el coronel caiga en desgracia. Mientras huyen en una balsa hacia los Estados Unidos, el hijo cuenta al padre lo sucedido con la hermana. Forcejean, el padre dice que lo matará; tropiezan. En el agua negra, son comidos por los tiburones.

Madre mía, digo, y me hundo un poco más en el asiento; Julio Travieso, con su habitual parsimonia, busca prolongadamente en sus bolsillos. ¿Es que hemos perdido el juicio?, y aunque parezca imposible, me asombro un poco más. ¿Será cierto aquello de que los cubanos resol-







vemos todo de manera violenta, y que cuando no llegamos nos pasamos?. Tres años después se ha calmado la fiebre y he podido comprender lo sucedido en aquella tarde.

Habían pasado cinco años del llamado Período Especial en Tiempo de Paz, remontábamos el tope de la crisis más aguda que los cubanos pudiéramos recordar y todavía no estábamos acostumbrados a olvidar los “esplendurosos” ochenta. Era lógico entonces que los estómagos se conectaran mejor con los rencores. Como la industria del papel se había comprimido al mínimo, montones de libros se acumulaban en las editoriales sin esperanzas inmediatas de ser publicados. Los escritores que soñaban agregar otro título en su curriculum, tenían que ganar uno de los pocos concursos del país o con mucha dosis de imaginación llamar libros a ediciones de última categoría. Preguntándonos qué estaba sucediendo, yo revisaba; él revisaba. Todos revisábamos.

Ahora la mayoría de los críticos (la mayoría de los críticos en Cuba son tres o cuatro personas) someten las tendencias de la cuentística cubana a un avance pendular. Una de estas cumbres está con justeza situada en los años 1966-1972. La aparición en 1966 del libro *Los años duros* de Jesús Díaz marcó una frontera visible con lo escrito anteriormente y junto a *Condenados de Condado* (1968) de Norberto Fuentes, *La guerra tuvo seis nombres* (1968) de Eduardo Heras León, *Tiempo de cambio* (1969) de Miguel Cofiño, *Usted sí puede tener un Buick* (1969) de Sergio Chaple, *Los corderos beben vino* (1970) de Julio Travieso, *Los pasos en la hierba* (1970) Eduardo Heras León, y *La huella del pulgar* (1972) de Noel Navarro, entre otros, inauguran también la cuentística de la violencia y del cambio. El reactualizado mundo rural, aparece en *Con los ojos cerrados* (1972) de Reynaldo Arenas; la revitalización del absurdo, en *Tute de reyes* (1967) de Antonio Benítez Rojo, *Después de la gaviota* (1967) de José Lorenzo Fuentes, *El escudo de hojas secas* (1968) de Antonio Benítez Rojo, *Algo por la palidez y una ventana sobre el regreso* (1969) de Gustavo Euguren, *La sonrisa y la otra cabeza* (1970) de Imel-

do Alvarez, *Once caballos* (1970) de Dora Alonso y *Con los ojos cerrados* (1972) de Reynaldo Arenas. También floreció la ciencia ficción con los relatos de Oscar Hurtado, Miguel Collazo, Angel Arango entre otros.

Era la época del Boom de la Literatura Hispanoamericana, y la nueva narrativa cubana se entronca con él. Se incorporan formas expresivas de la nueva tendencia y también se enriquecen. Comienza entonces una fase de acumulación que garantizaría la salud futura del cuento cubano y lo aparta del municipalismo, el exceso criollismo o el universalismo desraizado, y se polarizan los conflictos, se transforma la posición del personaje, y, sobre todo, se condimenta y se cuece en el fuego de la Revolución. En lo formal, también



se incorporan recursos literarios de avanzada: la anécdota fragmentada, la ruptura en el decursar lógico de la acción, el enmascaramiento del narrador tras una primera, segunda y tercera persona.

Pero en 1972, con la misma rapidez con que el péndulo llega a la cumbre, desciende de manera vertiginosa para sumir a la cuentística cubana en el período llamado Quinquenio Gris. Apenas, en ese período, se reconocen autores de prestigio y son escasos los libros que sobresalen por su temática o propuesta estética. En realidad, al decir del escritor y ensayista Francisco López Sacha, “el péndulo fue sujetado artificialmente desde el momento mismo en que numerosos artistas dejaron de crear o publicar”. Los vientos que entonces llegaban de América a través del Caribe, fueron sustituidos por las ventiscas siberianas que atravesaban Rusia y Europa, y ganaban el Atlántico.

Pero por muchos intentos que el propio Sacha y otros críticos hagan para sacudir la nieve de su “generación de los ochenta”, el verdadero deshielo, por desgracia, no se produce hasta mucho más tarde.

Como regla general, en Cuba, los escritores se han agrupado por generaciones. El afán totalmente humano de trascender, la falta de crítica especializada, y sobre todo de espacios para ejercer la opinión, hacen que los agrupamientos respondan a criterios muy personales y no al forcejeo de muchas voces. Sucede también que la mayoría de los críticos, por lo menos los más autorizados por antigüedad o por un muy sutil escalafón que nada tiene que ver con el curriculum literario, son casualmente escritores pertenecientes a la llamada generación de los ochenta. No es de extrañar, también por razones totalmente humanas, que donde digan nosotros, la pluralidad se encuentre muy contaminada por el yo, y tal factor limite la necesaria objetividad que ha de mantenerse en el oficio. Lo cierto es que una generación, literariamente hablando, no surge cada diez años, ni tampoco puede hablarse de aportaciones significativas a la cuentística, salvo las que el sentido común aprueba.

Los años ochenta comienzan por el Mariel con el éxodo masivo de cien mil cubanos. Pero los cuentos que narraban esa circunstancia histórica, trataban el tema de manera muy distinta a los narradores de principio de los noventa. Era común entonces que todo se contara desde la orilla del malecón y no desde el estrecho de La Florida. No sé si Julio Travieso hubiera repetido su premonitoria frase del sarampión literario, pero en esa fiebre el virus venía del norte y la vacuna era la Revolución. ¿Cuántos *Pin pon fuera, abajo la gusanera* de la multitud enardecida tras el *Escoria* que se marchaba para los Estados Unidos, se repitieron en cuentos, obras de teatro, lo mismo que en los llamados Actos de Reafirmación Revolucionaria? Y no se trata de revisar la historia, mirarla y aprovecharla desde una perspectiva cómoda, sino que esa literatura de los ochenta, aportaciones formales aparte, no pudo librarse de comparaciones simplistas del antes y el después de la Revolu-





ción, de los circunloquios para decir lo llano, del oficialismo, y del oportunista que casi todos los escritores llevamos dentro.

No obstante, sobresalen obras que continúan de alguna manera con lo iniciado en los años sesenta: *El niño aquel* (1980) de Senel Paz, *Salir al mundo* (1981) de Arturo Arango, *Los bitongos y los guapos* (1981) de Abel Prieto, *El jardín de las flores silvestres* (1983) de Miguel Mejides, *Los otros héroes* (1983) de Carlos Calcines, *Espacio Abierto* (1983) de Chely Lima y Alberto Serret, *En el nombre del hijo* (1983) de Félix Luis Viera. Una larga lista de nombres y títulos donde destacan Abilio Estévez, Francisco López Sacha, Reynaldo Montero, Aida Bahr, Leonardo Padura, Guillermo Vidal, y otros que desbocan el lenguaje, que vuelven a la fabulación, la imagen poética, la ciencia ficción, pero que también soslayan lo épico y sobre todo, lo testimonial de la vida cotidiana, esa moneda de cambio oficial, vista por la cara oculta. Todo parece muy normal, demasiado liso para merecer la polémica, y en esos años es que se hace adulto el Hombre Nuevo. Se inundan las librerías de la mayor bazofia que pudiera venderse nunca como literatura. El héroe tenía que ser el pueblo, ¿quién ha visto un policía del pueblo, símbolo de la honradez, pegando un cuerno o bebiendo un trago de ron? Los buenos tenían que ser perfectos. Me han contado que en una película del mejor corte del Realismo Socialista, ante un ataque de las tropas soviéticas, el jefe de los cosacos blancos gritaba atemorizado: "Huyamos como ratas que ahí vienen los soldados del glorioso Ejército Rojo". En Cuba, sucedía otro tanto. Un delincuente, uno de esos estereotipados de jerga abisal y términos despectivos, siempre nombraba a los policías que irremediamente lo ponían en jaque como los compañeros miembros del Ministerio del Interior.

He vuelto a ver a Julio Travieso en la última Feria del Libro de La Habana (febrero de 1998) y le recordé lo que hablamos en aquella memorable tarde cuando tuve la sospecha de que podíamos regalarte un cuento a cada balsero y jine-

tera, y sobraban cuentos. Pero, felizmente, la fiebre había cedido. El fenómeno lo explico como el golpe de ariete que derrumba la represa, todas las nieves juntas derretidas de golpe por el sofocante calor del trópico. No se trataba de contar sobre un éxodo de cubanos, era, sencillamente, la súbita estampida que la autentica literatura estaba haciendo hacia el interior de los escritores cubanos. Se retomaba por fin, sin ataduras, sin subterfugios, sin tener que irse del país, la fuerza de la palabra como un dedo en la llaga. Ahora los asépticos escritores de los ochenta, son los que, quièranlo o no, se han convertido en escritores de los noventa como un verdadero continuar de lo que había quedado interrumpido en 1972. *El lobo, el bosque y el Hombre Nuevo* (1992) de Senel



Paz, relato que sirvió de argumento para la película *Fresa y chocolate* de Tomás Gutiérrez Alea, nos volvió a desnudar, a mostrar tal y como somos porque nos habló de nuestra ética.

Revitalizada también ha surgido la cuentística de Leonardo Padura, López Sacha, Mejides, Arturo Arango, y otros que han orientado su desboque más hacia la novela. Han surgido, en tanto, otros nombres: los llamados rockeros que han rescatado al antihéroe, el personaje de comportamiento y valores puramente marginales, pero sin maniqueísmos ni pústulas que no sean las que también son válidas en las enfermedades del equilibrio. Entre ellos podemos nombrar a José Miguel Sánchez (Yoss), Raúl Aguiar, Ricardo Arrieta y Ronaldo Menéndez, este último ganador del prestigioso premio Casa de las Américas 1996 con su cuaderno de cuen-

tos *El derecho al pataleo de los ahorcados*. No se puede, sin embargo, clasificar a estos escritores como unos escribidores de historia de un micromundo dominado por el heavy metal, según ya han opinado algunos críticos. Impresionismos, arremetidas juveniles aparte, abordan la creación con profesionalismo y constancia y sus personajes son seres humanos que trascienden.

Muchas clasificaciones se han hecho intentando agrupar en tendencias los escritores de los noventa. El crítico Salvador Redonet, incorporó el término Novísimos para encerrar en él a los escritores nacidos después del 59. El calificativo es tan sutilmente paternalista, tan aparatoso y a la vez corto, que ya se enreda con Postnovísimos que ahorita tienen nietos. También se han acuñado clasificaciones como para usar en camisetas deportivas: Los iconoclastas, Los tradicionalistas, Los fabulistas; pero luego hay tantas zonas de contacto entre unos y otros que también se pudieran inventar trabalenguas. ¿Qué pasa con la cuentística cubana Actual?. Nada más simple que el hecho de ser otra vez pensada, creada y sentida en y para Cuba?. Las diferencias entre los creadores son las mismas que hacen distinto a cada ser humano; pero que algunos olvidan acostubrados como fuimos a renegar del alma. Una larga lista de nuevos autores pudiera enumerarse: David Mitrani, Alberto Guerra, Alexis Díaz Pimienta, Alberto Garrido, Eduardo del Llano, Pedro de Jesús López, José David Curbelo, Amir Valle, Michel Perdomo y otros muchos que ya sus obras hablarán por ellos.

Todavía queda bastante por contar para que uno pueda arribar a conclusiones. Pero los escritores cubanos hemos aprendido a abrirnos al mundo y a entender que somos humanos. Pluralidad de pensamiento es lo que nos hacía falta y ahora hacemos saber que señalar una mancha es sólo la muestra de que tenemos abiertos los ojos. Peor es tajar el sol con un dedo. Yo, que no me menciono porque me sonrojo, quiero sin embargo terminar citándome: "A fin de cuentas, Truman y Trotsky comparten hoy la misma página del diccionario"